

I

Luis Asperri habría podido ir a Rosales todas las semanas si hubiese querido. Tenía muchas razones válidas para volver a casa: el cumpleaños de su padre, la fiesta mayor en junio, Navidad, Semana Santa. De hecho, Rosales sólo estaba a doscientos kilómetros de Manila. Pero desde que se había marchado a la universidad nunca encontraba el momento para volver, y aunque sabía cuál era el verdadero motivo que se lo impedía, siempre se ponía excusas verosímiles, que al final acabó creyéndose. Su padre pareció entenderlo y no lo presionó en esos cuatro años. Al fin y al cabo, al viejo no le costaba nada ir a Manila –cosa que hacía al menos cinco veces al año– para visitar su garito preferido en San Juan, cenar *lengua* en el casino, del que era uno de los socios más antiguos, y luego rematar la noche con una visita al prostíbulo de Pasay.

Sin embargo, el viejo no había ido a Manila en los últimos seis meses. Como había dicho Trining, don Vicente estaba enfermo. Siempre había sido un hombre robusto, incluso obeso, y quizá por fin el Carlos I, el *asado* de cerdo y las *sinvergüenzas* le habían pasado factura. A Luis la idea de que su padre podía morir le daba cierta pena, pero no aprensión. Al fin y al cabo, eso era algo de lo que no se libraba nadie, ni siquiera su padre. Además, el viejo había visto cumplido su mayor deseo: un hijo que llevara su apellido, aunque no tuviera la tez tan clara ni la nariz tan aguileña.

Luis había recogido a su prima Trining en la residencia de monjas la noche anterior para que durmiera en su casa; así podrían salir temprano. Desayunaron a las seis, pero el tráfico en Balintawak, la salida norte de la ciudad, era intenso, y cuando por fin llegaron a la carretera, el sol ya abrasaba, volcando su rabia blanca y devoradora sobre la tierra. Era marzo y los campos estaban parduscos como un *chico*. El verde esmeralda que lo bruñía todo en la estación de las lluvias se había apagado hacía tiempo salvo en las parcelas de regadío donde se cultivaban melones y *mongos*.

Casi nunca salía de la ciudad. Había hecho unas cuantas excursiones al sur, a Negros, donde unos plantadores de caña de azúcar amigos suyos lo invitaban a veces a pasar el fin de semana, y un par de viajes a Hong Kong para ir de compras, pero ningún desplazamiento en coche tan largo como ése. Al mirar alrededor, advirtió con desasosiego que durante sus cuatro años en Manila el paisaje no había cambiado: ni las casas techadas de paja, ni la vegetación irregular, ni la gente impasible.

Tierra inmutable, sol abrasador: las palabras flotaron en su mente y decidió emplearlas algún día en el primer verso de un poema.

¿Tierra inmutable?

Veía la miseria que arrasaba esa tierra como una tempestad que asomaba por el horizonte cercano. Por encima de los árboles pronto se oscurece el cielo y empiezan a agitarse las nubes. El bochorno se disipa y el aire está quieto y en silencio. De repente se desencadena un vendaval y, como si se hubiera puesto en marcha un ventilador gigantesco, se levantan nubes de polvo en la carretera. Se cierne una oscuridad que lo envuelve todo, los campos parduscos de mayo, la vieja tierra agrietada. Un rayo ilumina el cielo, y el estampido del relámpago reverbera y se prolonga en un estruendo largo y furioso; después silencio, frescor y otra vez oscuridad. Ahora un ruido a lo lejos, como mil guijarros cayendo sobre tejados de hojalata, sobre el asfalto tórrido, sobre todo lo que ha esperado y esperado. Ha llegado la lluvia, la estación de lo verde.

No era la lluvia lo que llegaba; era otra estación, y él la veía como algo oscuro; sintió su tensión eléctrica como había sentido el propio roce de la vida. Pero eso no era vida, ni siquiera una promesa de vida, y el hecho de que él ya no perteneciera a esa tierra,

a ese miasma inmutable del que había salido, lo llenó de tristeza y culpabilidad.

Aquella forma de vida no era la que él había querido; se la habían impuesto. La mala conciencia lo atormentaba, y eso, los persistentes escrúpulos, lo cambiaba todo, pues aunque había huido de Rosales le era imposible escapar de esa miseria, como vio claramente mientras el Chrysler atravesaba a toda velocidad la monótona llanura.

Ésta es la tierra inmutable, agostada por el sol y azotada por el tifón, y en ella el campesino –que forma parte de la tierra tanto como los árboles estériles y el exiguo grano que crece de ella– también es inmutable. Descalzo, mal vestido, con un gallo de pelea bajo el brazo, ahí está el campesino, con la guadaña y el arado, avanzando penosamente, con la lentitud y la paciencia del búfalo de agua.

Había conseguido liberarse por completo de esa tierra, que era lo que pretendía, y, sin embargo, ahora volvía no sólo a Rosales, sino al principio de todo.

Su prima, sentada a su lado, nunca entendería lo que lo torturaba. No se había molestado en entenderlo; le agradaba su compañía, con eso le bastaba. Tenía dieciocho años y estaba deseosa de vivir la vida de Manila. Para ella, ir a Rosales sólo era saborear otra vida, y a lo mejor conseguía que la experiencia fuera más dulce de lo que prometía.

Los otros dos hombres que iban en el coche, el chófer y el *encargado*, eran personajes secundarios, simples criados a los que dar órdenes, que estaban allí para procurarles un viaje seguro y cómodo, y se esforzaban al máximo, intentando no hacer ruido, corriendo al restaurante en Ángeles para comprarles refrescos. Sin embargo, los dos habrían podido ser parientes de él, pues eran de su pueblo natal.

Santos, el *encargado*, habría podido ser su tío. A su propia manera autodespectiva, ocultaba una mente astuta y una capacidad de observación propia del campesino y compleja a la vez. Era el *encargado* de su padre desde hacía años y había conservado el puesto sólo gracias a su talento. Simeón, el primo de Santos, era tan impasible como un búfalo, pero sin ser corto de luces. Vivía con su mujer Marta, sin hijos, en el garaje de detrás de la casa

de Luis en el bulevar. Hacía además de jardinero, factótum, guardaespaldas y recadero para el joven mestizo. Podían confundirlos por hermanos porque los dos eran bajos y oscuros y tenían rostros de ilocano anchos y solemnes, como si nunca hubieran aprendido a reír.

El gran coche negro aminoró la marcha hasta detenerse, y el aire cálido y pegajoso de la estación seca entró de sopetón. Luis dejó de leer el manuscrito y lo guardó en el portafolios de piel de cerdo marrón a su lado. Cinco soldados con uniforme verde de campaña se hallaban sentados en un banco de madera delante de una cabaña techada de paja junto a la carretera. Uno alto y delgado con casco de acero, la carabina colgándole del codo, se acercó al coche.

–Llegaremos a casa de noche –dijo Trining airada–. Con estos controles tan estúpidos perdemos más de dos horas.

Luis le apretó la mano y se volvió hacia la ventanilla. El soldado echó una rápida mirada al interior del coche. No tiene ni dieciocho años, pensó Luis cuando sus miradas se cruzaron.

El soldado se acercó a la parte delantera y preguntó a Simeón adónde iban. Santos, el *encargado*, contestó:

–A Rosales. –Volviéndose hacia Luis y Trining, añadió–: Llevamos a los hijos del señor a casa a pasar las vacaciones.

–No se lo he preguntado a usted –dijo el soldado con brusquedad–. Usted. –Señaló a Simeón con el mentón.

–Vamos a Rosales –contestó Simeón.

El soldado miró de nuevo a Luis y luego a Trining, demorando un instante la mirada en ella. Agitó la mano:

–¡Adelante!

La primera crujió y el coche se puso en marcha.

–Hijo de puta –musitó Luis.

–No digas improperios –lo reprendió Trining. Estaba en el primer curso de una selecta universidad de monjas alemanas, y a Luis su obsesión por el vocabulario decoroso lo molestaba.

–Hijo de puta –repitió–. Es verdad, ¿o no?

–Ha pasado usted demasiado tiempo en la ciudad –dijo Santos–. Han cambiado muchas cosas en la provincia.

El coche tomó velocidad, y experimentaron una sensación de frescor cuando el aire empezó a correr de nuevo. Luis sacó otra vez el manuscrito que estaba leyendo.

–¿De verdad tienes que trabajar? –preguntó Trining–. Ya casi hemos llegado.

Al volverse hacia ella, Luis vio un mohín en sus labios. Consciente de que no le había prestado mucha atención, volvió a guardar el manuscrito y cerró la cremallera del portafolios. Ella sonrió y le apretó la mano.

Se acercaban a Rosales: un pueblo más y habrían llegado. En el horizonte, a su derecha y detrás de los cañaverales, la estilizada torre del depósito de agua amarillo del pueblo se alzaba por encima de los árboles, los cocoteros y los buries. El coche aminoró para dejar pasar a un rebaño de *carabaos*. Después dobló a la derecha por un camino de tierra, abandonando la carretera asfaltada.

Santos se volvió hacia Luis.

–Tengo que advertirle una cosa –dijo con naturalidad–. No se asuste cuando vea a don Vicente y lo encuentre cambiado. Todos envejecemos...

Luis asintió.

–Pero parece haber envejecido de repente –prosiguió Santos–, y se lo ve cansado. Tampoco es que haya cambiado tanto en los últimos meses, pero ahora se pasa todo el día en casa, sentado en la cama con una bolsa de hielo en la cabeza. Ya no sale. Ni siquiera lee. Según los médicos es el corazón, pero él no se lo cree. Dice que son los tiempos que corren, el ambiente. Y a su edad cualquier cosa es mala para el corazón. Sin ir más lejos, los problemas en Lagasit. Por eso ahora tenemos guardias de seguridad, veinte en total. Nunca se sabe, pero en el norte, sobre todo en Sipnget, pueden llegar a ser muy útiles.

–¿Sipnget? ¿Qué pasa allí? –Luis se inclinó hacia delante, movido por la curiosidad.

Santos se volvió otra vez hacia él con una sonrisa tranquilizadora. Parecía saber exactamente qué preocupaba a Luis.

–Descuide –dijo, quitándole importancia–. Su abuelo y su madre están bien. Y su hermano Víctor. Creo que ha encontrado trabajo.

Aliviado, Luis se echó hacia atrás.

–El problema es otro –explicó Santos–. Seguro que ya está al corriente. Usted trabaja para un periódico, y lo que está pasando ya no es un secreto.

–¿Qué no es un secreto?

–Los tiempos cambian, Luis. La gente también. Los arrendatarios se organizan y ya no se dejan intimidar, ni los impresionan todo lo que se hace por ellos. La última vez que fui a Sipnget a supervisar el reparto de la cosecha de mungo, estaban descontentos. Todos. Uno incluso dijo: «La ley establece que se queden ustedes con un tercio de la cosecha y nosotros con el resto. Pero les damos la mitad. Se lo advierto: dentro de poco ya no les daremos nada. De hecho, tendrán que pagarnos».

–¿Se lo contó a mi padre?

–No, pero creo que ya lo sabe. Y ahora, con tantos quebraderos de cabeza, está cada vez más susceptible.

–Y que lo diga –dijo Trining, lanzando una mirada de reproche a Luis–. Yo voy a casa dos veces al mes. ¡Tú en cambio...!

–Oye, tu caso es distinto –dijo Luis.

–Él lee sus cartas, señor Luis –terció Simeón, interrumpiendo la discusión–; también recibe su revista y no se pierde ni uno solo de sus artículos. A veces me pide que le lea en voz alta. Nunca ha tenido buena vista, y ahora se le ha debilitado. Pero yo sé poco inglés, y sus gafas..., en fin, cada mes rompe un par. –Santos soltó una risa nerviosa.– Como siempre las tiene a mano, es lo primero que tira cuando se enfada.

El camino era allí menos transitable. El firme de piedra y guijarros, deteriorado a causa de las lluvias, estaba lleno de baches, y allí donde se habían dispersado los guijarros había profundas rodadas mientras que las piedras de mayor tamaño que cimentaban el camino asomaban como montículos. El paisaje no había cambiado: esa extensa tierra pardusca que su tatarabuelo, originario de un pueblo vasco rodeado de pinares, había reclamado para sí en nombre del soberano español y los futuros Asperri. A ambos lados del camino, las matas de hierba invadían los campos, cosechados hacía tiempo. La deslumbrante luz del sol teñía los campos parduscos y, más allá, las estribaciones de los montes Balungao, desde donde una vez su bisabuelo había contemplado esa llanura –como su padre nunca se cansaba de repetir–, eran violáceas, salvo por las manchas negras del *cogón* quemado. Allí iba antes su padre a cazar. A esas estribaciones, veteadas de tonos dorados y azules y envueltas en una bruma translúcida, iban los campesinos que ya no podían cultivar las tierras de la lla-

nura a ganarse el pan como buenamente podían a pesar del suelo estéril y salpicado de piedras.

El bosque había sido talado hacía tiempo, y donde antes erraban ciervos y jabalíes sólo quedaban extensiones de *cogón*, divididas en parcelas para los cientos de ilocanos pacientes y sedientos de tierras procedentes de su reducido y hostil territorio en el norte. Tres generaciones después los senderos se habían transformado en carreteras que conducían a Acop, Carmay, Cabugawan y Sipnget, y el pequeño pueblo de Rosales, convertido en el centro del comercio arrocerero del valle Cagayan, había crecido tanto como la fortuna de los Asperri. Construyeron *bodegas*, que alquilaban a los comerciantes de arroz y prestamistas chinos. También construyeron un molino de arroz para el grano barato que producían sus arrendatarios y el que se acumulaba durante la cosecha, cuando su precio era muy bajo. Pero pronto llegaron tiempos difíciles a la zona este de la provincia y a Rosales: la vía de ferrocarril de San José, construida más al norte, mermó la importancia del pueblo como centro comercial. Abandonado a su suerte, Rosales no prosperó ya más ni aumentó su producción; no se intentó siquiera construir una presa en los dos pequeños torrentes pluviales que rodeaban el pueblo y confluían para verter sus preciosas aguas en el Agno. Los Asperri no administraron bien la tierra, y al final sólo quedaron dos: don Vicente, que prefería los placeres sibaríticos de Manila y Europa, y don Alfredo, su hermano, que vivía en la vieja casa de obra vista construida por su abuelo. Si bien la casa sobrevivió a la ira revolucionaria de 1898, sucumbió a los *colorums* de los años treinta.

Como la carretera principal de Luzón no pasa por Rosales, éste, al igual que todos los pueblos pequeños, vive condenado al anonimato y a ese malestar que ha impregnado las zonas rurales durante décadas. Los habitantes ilocanos son recios y dados al trabajo arduo y monótono propio de un *carabao*. Aun así, están en deuda permanente, no sólo con los Asperri, sino también con los prestamistas, los *encargados*, los tenderos chinos y los pequeños terratenientes, hombres como Santos, también ilocanos.

Luis era consciente de todo esto. No se sentía a gusto entre las comodidades de su casa de Manila, en el barrio de Ermita, la misma casa donde había vivido su padre en sus tiempos de hacendado

absentista. También allí Luis se había hecho hombre, lejos de las preocupaciones de Rosales y Sipnget, lejos de su abuelo, su hermano y su madre. Ahora, al acordarse de Sipnget, sintió un dolor sordo, pero no era nada, tan sólo una brizna arrastrada por el viento; él estaba allí, en ese pueblo llamado Rosales... y qué pequeño, qué anodino, qué poco digno del recuerdo era.

Era como si en Rosales nada hubiera salido de su ancestral letargo, como si no le hubiera llegado el menor aliento de vida. Incluso la gente en la calle, delante de las tiendas anodinas, parecía llevar la huella de la lasitud y la resignación en sus rostros cansados y morenos. Allí estaba el rebaño, inmune a todo; allí estaba la pétrea paciencia no como virtud, sino como vicio horrendo: no sólo en los rostros de la gente, sino en la fisonomía del propio pueblo, en la triste fila de edificios bajos y achaparrados con sus espantosos anuncios de refrescos. El camino de tierra daba paso al asfalto cerca del centro del pueblo, con su calle mayor y su plaza: un círculo de hierba marchita, una pista de baloncesto con el suelo de cemento agrietado y, en un extremo, un *balete* gigantesco y retorcido donde, como rezan las leyendas de los pueblos pequeños, vivían los espíritus y todos los espectros anónimos que traen mala suerte si no se los agasaja con ofrendas. Al otro lado de la plaza estaba el *municipio*, en el mismo lugar donde hacía unos años, antes de la guerra, el anterior edificio había quedado reducido a cenizas. Frente al *municipio* se alzaba el monumento blanco a Rizal, imperturbable bajo la intensa luz del sol, y a su izquierda la iglesia católica. Seguía una serie de casas más espaciadas, y más allá una hilera de pequeñas construcciones elevadas sobre postes de bambú con tejado de *cogón* y varias casonas de comerciantes y pequeños hacendados.

Tras una suave curva asomó como una fortaleza la mansión de los Asperri. La rodeaba una tapia de ladrillo cubierta de tallos marchitos de *cadena de amor*, que cobraría lozanía y verdor con las primeras lluvias de mayo. De niño había visto otra casa, de ladrillo, con vidrieras de colores como las de ésta, con vistas al pueblo, más alta que la torre de la iglesia, más alta que el cocotero, aunque no tanto como el *balete*. Antes de la guerra, como había ocurrido con el *municipio*, dicha casa fue incendiada por un grupo de hombres, fanáticos que profesaban un odio impla-

cable a los Asperri, miembros de una religión autóctona que sacralizaba a Bonifacio y Rizal y a toda la falange de héroes que habían luchado contra los españoles. Había leído sobre ellos, había oído hablar de ellos a su abuelo y su madre y, en su fuero interno, había compartido las creencias que los habían impulsado a la violencia. Incluso en algunas ocasiones Luis había fantaseado con lo que podría haber sucedido si su padre hubiese estado allí y lo hubieran matado también a él, como habían matado a sus tíos. En tal caso, él no habría nacido: un deseo que lo asaltaba en los momentos de angustiosa duda sobre su existencia, mucho más frecuentes ahora –pese a que gozaba de seguridad y no sufría privaciones– que cuando vivía, descalzo, abrasado por el sol y famélico, en Sipnget, aquel rincón perdido y dejado de la mano de Dios.

Se levantó una casa nueva, réplica de la que resultó arrasada una noche de ira, pero de cimientos más sólidos y con las últimas comodidades, pues a su padre le encantaba el confort, el bienestar y, naturalmente, el poder que le otorgaban sus tierras y otras formas de riqueza. Había vivido en Europa y en Manila, entregado a los placeres, sin la menor intención de volver a Rosales para administrar una hacienda, supervisar a aquellos simples ilocanos y vivir como un ermitaño igual que había hecho su hermano; él ya había pasado por eso, había llegado a aborrecer Rosales, y habría sido incapaz de vivir en el pueblo. Sin embargo, de pronto lo llamó el deber, no sólo el deber para con aquello que habían forjado sus antepasados, sino también para con su joven sobrina, que había sobrevivido a aquella noche indescriptible.

Ése era su hogar, el depositario del pasado, y todos los niños del pueblo miraban la casa con respeto. Era un lugar tan secreto como la sacristía, ya que muy pocos habían entrado y casi nadie sabía qué ocurría en sus recovecos.

En el jardín estaban los árboles que se habían librado del fuego. De lejos parecían montículos verdes donde se elevaban las almenas, de un color blanco y rojo apagado, con retazos de sol reflejados en los cristales de las ventanas. Cariátides de madera desnudas de cintura para arriba y de generoso pecho adornaban las esquinas de la fachada principal. Aunque la casa no era vieja, no se habían añadido nuevas capas de pintura a la primera mano

original y los muros rojos y resquebrajados le daban un aspecto antiguo y medieval.

A Luis le parecía bien así, porque en alguna ocasión había comparado la casa con un castillo de cuento de hadas, siniestro, con mazmorras, pero unas mazmorras en que los presos disfrutaban de la vida, donde les daban pan y agua. En Sipnget, donde Luis se había criado, sólo probaba el pan los domingos, cuando su madre iba al pueblo a vender hortalizas y regresaba con su cesta de ratán medio llena de jabón, cerillas, sal, azúcar y un par de *panes de sal* para sus dos hijos.

Había vivido parte de su infancia en aquella casa, pero para él nunca había sido un hogar, no como lo había sido la humilde choza de Sipnget. Esta enorme casa no era más que losas de piedra, sólidas tablas de madera y suelos encerados, con criados que atendían de inmediato el menor de sus caprichos, descalzos y anónimos, aunque él sí sabía de dónde venían. En otro tiempo había sido uno de ellos, pero ahora era un Asperri, y eso lo cambiaba todo.

–No esperaba que usted viniese, la verdad –dijo Santos en voz baja.

–¿Y por qué no? –Luis se sintió otra vez molesto porque Santos tenía razón. Luis había sido transparente para todos menos para él y su prima–. Estoy de vacaciones, ¿no?

No le interesó la respuesta de Santos y no lo escuchó mascullarla. Se acercaban a la casa y aflojaron la marcha al pasar ante las *accesorias* chinas propiedad de su padre, los limpiabotas y los viajeros en la estación de autobús. Simeón se detuvo para dejar pasar una *caromata* y luego dobló a la derecha, hacia el amplio camino de entrada flanqueado de arriates de azucenas bien cuidadas y rosales en macetas. El coche paró en el ancho patio embaldosado al pie de la escalinata de mármol.

Un joven al que no conocía, vestido de caqui descolorido y con una pistola al cinto, salió de detrás de la escalinata, abrió la portezuela del coche y saludó. Al principio Luis lo tomó por uno de los soldados de la guarnición de avanzada que habían visto al pasar; supuso que se había perdido y había llegado hasta allí. Más allá del camino de entrada, en la puerta del granero, había más hombres de caqui, armados con Garands y carabinas.

–¿Quiénes son éstos? –preguntó Luis señalando a los hombres armados.

Simeón se volvió hacia él.

–Nuestros guardias de seguridad –contestó sin darle importancia.

De pronto se hizo evidente que Rosales estaba como el resto del país –sumido en el caos–, y era allí, precisamente en aquella casa, donde tal vez el caos fuera más intenso y profundo.

–¿Voy a decirle que ya han llegado? –preguntó Santos al bajar del coche, volviéndose hacia Luis y Trining.

–No –contestó ella–. Puedes irte.

Luis se apeó. Hacía tiempo que no realizaba un viaje tan largo en coche y sintió un profundo alivio. Saludó a los criados que habían salido de entre las sombras y que ahora lo rodeaban y se disputaban el privilegio de sacar el equipaje del maletero. Luis subió por la escalinata con su prima. El ambiente cargado los sobrecogió: el olor a humedad, la madera esmeradamente pulida, la sofocante opulencia, la magnífica araña rosa de cristal veneciano en el centro del vestíbulo, que su padre había traído de uno de sus viajes a Europa antes de nacer Luis, y al fondo, en el salón, la estatua de bronce del labrador empuñando el arado, esculpida por un artista anónimo de Manila.

Trining acompañó a Luis al dormitorio de su padre. Llamó dos veces a la puerta de *narra* labrada. Desde el interior una voz hueca y expectante los invitó a pasar. Todas las persianas estaban bajadas y la oscuridad era casi absoluta, pero Luis vio a don Vicente Asperri en la cama con dosel. El viejo estaba reclinado contra una pila de almohadas. Iba en pijama, y su enorme cuerpo parecía fundirse con el voluminoso colchón. Tenía los ojos entornados y los gruesos labios entreabiertos, como si sonriera.

Luis se acercó a su padre, le cogió su enorme mano y se la llevó a la frente. A continuación Trining y él se sentaron en dos sillas de hierro forjado junto a la ventana. Don Vicente les hizo una seña y les habló con voz suave pero firme.

–Acercaos. No os veo bien. –Cuando aproximaron las sillas a la cama, añadió–: Así pues, Luis, ya has acabado la universidad.

Luis se volvió fugazmente hacia Trining, pero ella adoptó una actitud evasiva.

–En cierto modo sí, padre. Pero todavía no tengo el título.

Luis observó la expresión de su padre. Don Vicente gruñó, pero Luis no supo si era una reacción de desagrado o simple indiferencia. El viejo se volvió hacia la chica.

–¿Y a ti cómo te va en la universidad?

Trining suspiró.

–Bien, tío, pero no me preguntes por las notas. Las monjas nunca están contentas con mis trabajos trimestrales.

Don Vicente sacudió la cabeza y le temblaron los pliegues de la papada. Tenía el semblante feliz.

–¿Y ahora qué piensas hacer, Luis? –preguntó parpadeando.

–Espero que no te parezca mal, padre –contestó su hijo en tono vacilante. Se había acostumbrado a la penumbra y, buscando señales de desaprobación en la cara del progenitor, en sus ojos enrojecidos y vidriosos, prosiguió–: He encontrado un empleo.

–¿Estás trabajando? –preguntó don Vicente sin dar crédito a lo que oía.

Trining asintió.

–Al menos así se portará bien. Ya no se dedicará a pelearse con los curas.

–¿Cómo? ¿Luis se pelea con los curas? –preguntó don Vicente asustado. Se reclinó sobre las almohadas y miró a su hijo.

–Pero si ya lo sabes, tío –dijo Trining–. Por eso no le han dado el título. –Parecía divertirse, y se echó a reír.

–O sea que es un luchador como su padre –observó don Vicente, los labios trémulos–. Ya me lo contarás, hijo. No recuerdo muy bien la historia. Debe de estar en las carpetas de Santos.

Luis se alegró de que el viejo no quisiese enturbiar los agradables intercambios de la llegada, pero su inquietud no se disipó fácilmente. Hacía cuatro años que no iba a Rosales, y allí estaba otra vez, ante ese hombre a quien llamaba «padre», ese hombre a quien su madre, según decía ella misma, podía escupir a la cara sin pestañear. Aborrecía la idea de volver a ese pueblo, a esa casa, a cinco kilómetros del pueblo donde su madre, su hermano y su abuelo seguían viviendo en la pobreza mientras él gozaba de una vida segura y sin privaciones.

Don Vicente se frotó el pecho.

–¿Y qué hay de los asuntos del corazón? –preguntó con un asomo de sonrisa.

Trining miró a Luis y dijo alegremente:

–Tío, en eso es una nulidad. Apenas va a verme a la facultad, donde tengo un montón de amigas guapas que se mueren por ver a ese primo mío tan apuesto e inteligente. Y cuando se las presento, se comporta como un témpano de hielo.

Don Vicente volvió a gruñir, pero por el brillo de sus ojos Luis adivinó que estaba satisfecho.

–Ya va siendo hora de que te intereses por otras cosas, hijo –comentó.

–No necesito nada más –replicó Luis, incómodo e irritado con su prima. Cruzó las piernas y observó el intrincado dibujo del bordado a mano de la sábana–. Tengo un trabajo que me exige mucho y me mantiene muy ocupado.

–No permitas que el trabajo te absorba tanto –dijo su padre–. El próximo curso ve a ver a Trining todas las semanas; incluso todos los días, si puedes. Creo que deberíais vivir juntos, y así conocerías a sus amigas.

–Sólo viene una vez al mes –se quejó ella–, y ni siquiera me saca a dar una vuelta a menos que se lo suplique. Es bochornoso. Yo quisiera ir de compras o al cine, pero él no me deja.

Don Vicente se echó a reír, y Luis, al oír sus carcajadas, imaginó que se le formaban en el vientre y brotaban por la boca con un sonido similar al crujido seco de una caña de bambú al partirse.

–Hijo, intenta comprender lo difícil que es para una chica estar encerrada en ese colegio de monjas. Y tampoco te hace falta trabajar tanto.

–No tengo un horario fijo, pero el esfuerzo es continuo.

–Pero ¿y tu salud? Mírate, estás consumido –repuso don Vicente alarmado.

–Duermo bien y como bien.

–¿Y te basta con tu asignación? Puedo ingresarte más dinero en el banco –ofreció el padre.

–Tengo de sobra, padre –contestó Luis con firmeza–. Ya lo sabes.

–Y la casa, ¿no necesita ninguna reforma? ¿Muebles nuevos? –insistió don Vicente.

Luis negó con la cabeza.

–Vivo como un marajá, padre. No necesito nada. Además, ahora cobro un módico salario.

–¡Un salario miserable! –bramó don Vicente, y le sobrevino un ataque de tos bronca. Tras una pausa añadió–: Muy bien, recuerda una cosa: nadie te ha pedido que trabajes. Nada más lejos de mis deseos. Pero si quieres una muerte lenta... –Dejó de toser y se inclinó. Bajando la voz prosiguió–: Ya sabes que siempre me ha interesado tu bienestar, y he ordenado a Simeón y a Santos que velen por tus necesidades aunque tú no quieras decírmelas...

Un incómodo silencio.

A continuación don Vicente dijo a Trining:

–Vete a la cocina y encárgate de que nos preparen una buena cena. –Ella se puso en pie y cuando cerró la puerta tras salir, don Vicente indicó a su hijo que se acercara.– Oye, no quiero que te descarríes, pero deberías ir con mujeres. Es lo normal. Sencillamente no debes confundir los impulsos sexuales con el verdadero objetivo del matrimonio, que es formar una familia. El matrimonio es un contrato social, no sólo por los hijos, sino por tu futuro.

–Me parece que has olvidado lo más importante, padre: tiene que haber amor.

Don Vicente esbozó una sonrisa paternal, mostrando los dientes manchados de nicotina.

–¡El amor romántico de los jóvenes! Sí, debes conocer ese sentimiento, esa experiencia. Ahora bien, no olvides la finalidad del matrimonio. Puedes tener amantes, Luis. Pero en el matrimonio debe haber algo más que amor. También intervienen la política, la economía, la estabilidad. Mira a tu alrededor, fijate incluso en el director de tu periódico, Dantes, que se casó con su prima, ¿no lo sabías? Ninguno de los políticos que he conocido, los hombres poderosos del gobierno, se ha casado por amor. Sigue, pues, con tus ideas románticas, pero haz lo que debes. –Alzó la vista al techo y meneó la cabeza.– Estos jóvenes..., si sólo malgastasen el tiempo... En fin, también yo fui joven y disfruté de la vida: el vino, el juego. ¿Tú juegas, hijo? –Se volvió brevemente hacia Luis.

El joven negó con la cabeza.

–¿A qué viene tanto remilgo? –preguntó el anciano–. También yo soy hombre y entiendo esas cosas. No hay nada mejor que el

juego o el riesgo para templar el alma. Pero incluso en eso debes obrar con medida. Y hay que saber perder. Yo perdí un poco en las mesas de juego, pero gané mucho lejos de ellas. ¿Sabes a qué me refiero?

Luis tendría que volver a oír la historia de cuando el viejo jugaba al póquer con Quezón y cuantos pululaban en torno a Malacañán, los peces gordos, los mestizos que farfullaban en español y maltrataban a los *indios* igual que sus antepasados.

–Estuvieron a punto de ponerle mi nombre a una calle de la ciudad de Quezón –contaba don Vicente–, pero Quezón se olvidó y yo era demasiado orgulloso para recordárselo. Y como te decía, también hay que saber elegir a los compañeros de juego: no trates con cualquier don nadie ni frecuentes cualquier garito. La política está en todas partes, hijo. En todas partes. Incluso las mujeres son instrumentos de la política. Si alguna vez vas a un burdel, no pongas en peligro tu salud: usa condón. Protégete siempre, toma precauciones. Esto es lo que quería decirte. ¿Has pensado en estudiar derecho, Luis?

Éste volvió a negar con la cabeza.

–Todavía eres muy joven –continuó el anciano–. Puedes estudiar derecho por las tardes. No tienes que acabar la carrera, y si la acabas no tienes por qué ejercer. Son cuatro años, y el conocimiento de las leyes da una buena preparación. Con eso, puedes llegar a ser un político más hábil, más seguro. Luego te presentas a unas elecciones, al Congreso. Así lo veo yo. Los tiempos cambian, Luis. Yo no tuve que meterme en política porque conocía a los mejores políticos del país. La riqueza no se mantiene ni aumenta a menos que tengas poder político; pero dudo que conozcas a los hombres que están en el poder, o a quienes van camino de conseguirlo. Así que preséntate como diputado por este distrito. A la alcaldía no, eso es poco para ti. He apoyado a muchos políticos, tanto nacionalistas como liberales, y me deben favores. Por tanto, no sólo tendrás un nombre o riqueza, sino verdadero poder. Ya me entiendes, ¿verdad?

Luis asintió. Enseguida se acordó del desfile de políticos en la casa de Ermita, las conversaciones superficiales y los apretones de manos, los funcionarios que dócilmente solicitaban audiencia con su padre, las sutiles alusiones a prácticas corruptas, los tras-

fondos y el desenfado con que se establecían los «*areglados*». Sería político también él, pues, pero la idea no le entusiasmaba.

–Ya hay abogados de sobra, padre, y políticos vocingleros que no hacen más que engañar –dijo, aunque no era su intención llevar la contraria al viejo ni disgustarlo.

–Pero ¿acaso te pido que engañes a alguien? –Don Vicente levantó la voz.– ¿Cuándo engañan los millonarios? Sólo te pido que comprendas la esencia del poder, que es más de lo que yo puedo darte con mi nombre y mi hacienda. Pienso en el futuro, y que quede entre nosotros, hijo: has empezado con muy buen pie. Ahora la gente sabe que hay un Asperri inteligente. Y con tu pluma ejerces influencia... que también es una forma de poder.

–Lo entiendo, padre –dijo Luis.

Habría deseado preguntar: ¿De qué sirve el poder cuando se concentra en manos de un solo hombre, o de un solo grupo, sin el consentimiento de los súbditos? ¿Cuánto puede durar? Pero no hacía falta preguntarlo, pues sabía cuál sería la respuesta del viejo: hay quienes han nacido para mandar, para ostentar el poder, no sólo por linaje, sino porque están hechos para gobernar, para manipular, del mismo modo que hay hombres que han nacido para trabajar, para ser esclavos, para recibir un trato condescendiente, como si fueran niños. La historia es así, y Filipinas y sus habitantes no son una excepción.

Su padre volvía a repetirse:

–Es evidente, claro, sobre todo para los que estamos bien informados. La familia Dantes..., bueno, ya sabes que Dantes no se dedica a la política, pero sí sus hermanos y otros familiares. Tienen toda Visayas... Quizá exagero, pero Negros y Panay sí están en su poder. Los miembros del clan se casan entre sí. No todos los periódicos de Dantes reportan beneficios, pero son una inversión. Fíjate en el miedo que inspira en los políticos. He leído en el diario que ni siquiera el presidente se atreve a interponerse en su camino. ¿Y eso por qué? Porque tiene poder político, y también puede manipular la opinión pública. Ten en cuenta que yo, aunque viva aquí tan aislado, leo, pienso y recuerdo. Yo ya conocía a la familia Dantes cuando sólo tenían un par de *bancas*. Y fíjate ahora en su naviera, su sistema de transporte, sus bancos, su grupo de prensa... y en los políticos que tienen bajo su control.

Creen que el Banco de Filipinas es de su propiedad, ¿y sabes el daño que podría hacerles si ejecutara sus préstamos? Aunque eso el banco nunca lo hará, por supuesto.

Luis era consciente del enorme poder político y económico de los Dantes, la principal familia azucarera del país. También era consciente de que trabajar para Dantes significaba no sólo entregarle su lealtad, su sangre, su sudor, etc., sino también, como decían los chicos del Club de la Prensa, «entregarle las pelotas».

Pero Dantes era el jefe ideal. Cuando viajaba, cosa que hacía dos veces al año, siempre llevaba consigo a seis o más empleados; y viajaban en primera, naturalmente. A sus preferidos les regalaba coches, casas, vacaciones, y cuando ya estaban demasiado viejos o débiles para seguir en el grupo de prensa, los enviaba al piso de arriba con el cargo de vicepresidente o como consultores de las otras empresas.

En el ambiente periodístico todo el mundo sabía que los columnistas y editorialistas, como Abelardo Cruz y Etang Papel, no eran más que simples lacayos y en sus artículos escribían lo que les dictaban; Luis, en cambio, no tenía que pasar por eso.

En su única entrevista para el puesto, el director le había dicho: «Te daré plena libertad no sólo para dirigir la revista, sino también para elegir el personal. Sé que te has peleado con el padre rector. Admiro tu independencia; sólo recuerda que a mí lo que me interesa es el progreso de este país: si el país progresa, nosotros también progresamos».

–Todos los grandes periódicos están en manos de filipinos poderosos, padre –replicó–. Dantes no es una excepción.

–Eso simplemente confirma mi punto de vista –insistió don Vicente–. Pero la industria azucarera no es buena para el país. Ahora me doy cuenta. Ni siquiera producimos suficiente arroz. Escribes a menudo sobre la explotación de los pobres. Deberías ir a Negros. Tengo amigos allí, españoles. ¡Eso sí es explotación! Violan a las hijas más guapas de sus empleados. Azotan a su gente cuando la ven mascando caña. ¿Qué hay de malo en eso? ¡Es como si un trabajador de una fábrica de cerveza tiene sed y bebe un sorbo! ¿Y qué me dices de los *sacadas*? Estamos en 1950 y los explotaban ya en 1930. Deberías escribir un artículo sobre el cupo de azúcar; ahí sí descubrirías muchas cosas interesantes... ¡Y dicen

que los *hacenderos* de Luzón son explotadores! Esos visayanos, con su parsimonia y su hablar afeminado..., éstos son los terratenientes más crueles.

El ruido del tráfico llegaba a la habitación: el chirrido del autobús provincial al detenerse en el cruce para dejar a los pasajeros, el agudo rechinar de las ruedas de una carreta de bueyes que, tras abandonar el almacén de la parte trasera, cruzaba la verja y se dirigía a campo abierto. Su padre siguió hablando, ahora muy serio:

–Pero lo peor de todo es que sólo soy un viejo saco de huesos, ya lo ves. Mi salud ya no es lo que era. No puedo ocuparme de las tierras como debería. –Tosió ligeramente, cabeceó y se llevó las rollizas manos al pecho.– Me duele, pero no tanto como cuando pienso en lo que me están haciendo. Esos malditos campesinos... Mienten y engañan y se salen con la suya porque ya no puedo ir hasta allí. Dios sabe que en su día esta hacienda era una de las más prósperas de la zona, mejor que las de Santa María, Tayug o San Miguel. ¿Sabías que antes este pueblo era el centro del comercio arrocero, que si queríamos podíamos satisfacer la demanda de arroz de toda la provincia e incluso de Tarlac? Trabajamos con ahínco, no sólo yo, sino también tus antepasados, mi abuelo, tu bisabuelo...

Otra vez la historia de siempre: Luis se la sabía de memoria y le aburría. Dejó vagar la mirada en dirección a la escalera de caracol de hierro, situada junto a los pies de la cama, y una vez más pensó en la habitación de la torre que Trining y él nunca habían visto. En una ocasión, recién llegado a la casa y convencido de que podía ir a todas partes, había pedido permiso a su padre, que estaba acostado en la cama igual que en ese momento, con el café en una bandeja. Pero don Vicente le contestó con brusquedad que la habitación de la torre era privada y nadie –absolutamente nadie– subía allí. Una vez que su padre fue a Cabugawan a visitar a unos arrendatarios, Trining y él, solos en la casa, decidieron cual conspiradores invadir el refugio de su padre. Subieron con cautela por la escalera de caracol, pero la puerta estaba cerrada a cal y canto y no cedió. Luis se preguntó qué secretos ocultaría esa habitación de la torre; pasada la adolescencia pensó que quizá era allí donde el viejo escondía sus fotos pornográficas.